

El burdel como espacio privilegiado de masculinidad

The brothel as a privileged space of masculinity

Laia Folguera Cots

Universidad de Barcelona

RESUMEN

En este artículo se analiza el burdel como lugar idóneo para el estudio de las representaciones del sistema sexo-género en relación a la gestión de las masculinidades en el ámbito heterosexual. Se parte de la base que los procesos de comunicación e interrelación que se dan en este lugar permiten un análisis socio-histórico de tabúes, estereotipos y atribuciones político-ideológicas. Se ha recurrido, como soportes teórico-metodológicos, a la escuela de la historia de las mentalidades, a la sociología de la vida cotidiana y a la sociología del espacio. El burdel, como espacio de sociabilidad con importantes connotaciones externas, remite a una 'imagería del deseo' en la que está presente el 'yo cotidiano' y, de forma relevante, la gestión de las expectativas de acción y de comportamiento individuales y grupales de socialización masculina en un marco de desarrollo identitario (in)conscientemente representado y condicionante.

PALABRAS CLAVE: Masculinidades, sexualidades, interacción, identidad, género, burdel, espacio

ABSTRACT

This article analyzes the brothel conceived as an ideal place for the study of representations of sex-gender system, specifically related to the management of heterosexual masculinities. The processes of communication and interaction that occur in this place allow a socio-historical analysis of taboos, stereotypes and

politico-ideological systems. As theoretical and methodological supports, it has been used the school of history of mentalities, the sociology of everyday life and the sociology of space. The brothel, as a place of sociability with important external connotations, refers to an “imagery of desire” in which the “everyday self” is presented and, most important, where expectations of action and behaviour are managed within a framework of identity (un)consciously represented.

KEY WORDS: Masculinities, sexualities, interaction, identity, gender, brothel, space

INTRODUCCIÓN

El espacio existe más allá de las abstracciones y formulaciones de la ciencia física. Es una realidad social, perceptible, significativa y de accesibilidad selectiva. En tanto que significativa y selectiva, es una realidad plural y diversa. Reflexionar sobre un espacio determinado, ya sea el burdel, la cárcel o un psiquiátrico, implica reconocer que es tan flexible como su potencial de institucionalización. En su poema *Proverbios del Infierno*, William Blake ofrece en rima la idea de que las prisiones están construidas con piedras de la ley, en tanto que los burdeles son erigidos con piedras de la religión. La misma contundencia de su trazo pictórico se refleja en su pensar, y como suele acontecer con el arte, ilumina a quien se deja para adentrarse en los claroscuros de la vida social. Como anticipa el romántico inglés, el espacio se aborda aquí desde sus funciones y el imaginario social que suscitan, en el marco de una dialéctica constructiva en la que, del mismo modo en que somos creadores de diferentes espacios, éstos contribuyen a edificar la identidad de quienes los habitan o transitan.

Vivir es pensar, sentir, actuar. No forzosamente de modo lineal, ni coherente. En este artículo, me centro en el espacio del burdel para el estudio de las representaciones de género en relación a la gestión de las masculinidades. ¿Por qué el burdel? ¿Qué modalidades de interacción social se vinculan a este espacio de largo recorrido histórico? Mi respuesta es clara: por los contrastes que brinda. Espacio privilegiado de presencia y acción femeninas, no sólo es testimonio discreto de la diversidad de gustos eróticos en el marco del sistema sexo-género, sino especialmente contexto propiciador de la gestión y representación de las identidades masculinas. El espacio como territorio de acción y proveedor de significado, como posibilidad para indagar los procesos de comunicación y de

interrelación que se dan entre sus márgenes, para abrirse a la posibilidad del burdel como jardín donde afloran y se manifiestan masculinidades mediante la gestión del cuerpo, la palabra y el discurso. Así pues, presento un conjunto de reflexiones sobre el lupanar como espacio de masculinidad, partiendo de la idea de verlo como un ámbito privilegiado para el estudio de las representaciones sociales de las masculinidades. Una representación social con toques dignos de atención, en la medida en que son los propios varones quienes se piensan mediante la presencia y ocupación espacial, de salas, habitáculos y cuerpos, y mediante su acción discursiva acerca de tales acciones.

A nivel metodológico, he eludido la posibilidad de llevar a cabo un trabajo de campo presencial en estos ámbitos. La razón no puede ser más sencilla. Comportaría una inversión en tiempo y energía en disonancia con mis objetivos inquisitivos a corto y largo plazo. La accesibilidad no hubiera sido mayor problema que el que supone adentrarse en otros círculos sociales en los que la interacción con los porteros y el nicho del observador deban establecerse mediante una presentación del yo selectiva y flexible en términos de negociación. Pero dicha aportación es innecesaria para los objetivos de mi modesta aportación. El estar ahí de Geertz se abre a la polisemia. Y el ahí presente no es tanto el burdel como la vivencia social del mismo; uso, relato y memoria.

He intentado buscar estrategias de acción para adentrarme, junto con el lector, en el análisis del espacio 'burdel' como ente de reproducción de imaginarios sociales y también añadir la óptica del cliente en cuanto a tal, acaso el elemento menos poco estudiado¹. Como resultado, este artículo tiene un enfoque mayormente exploratorio que ofrece una serie de incógnitas: ¿Qué significado se asocia al burdel en la actualidad? ¿A qué elementos concretos recurre nuestro imaginario cuando conforma el 'espacio burdel'? ¿Qué variables son relevantes en su configuración? ¿Cómo establecer la relación entre burdel, espacio y masculinidades? Espero poner de relieve elementos que apunten a que la importancia del proceso de configuración de este imaginario no es aleatoria, sino altamente significativa.

¹ En este punto el arte podría llegar a ser una excepción, como puede observarse en la cultura material, especialmente pictórica, desde la época de Pompeya hasta los grabados *temáticos* de los siglos XVIII y XIX (Burt 2010), pero donde la ilustración de *preferencias* sustituye al discurso. Al respecto, esta ausencia queda de relieve en los siete volúmenes de la obra prístina de Pierre Dufour (1851).

Cualquier espacio, cuando se enfoca desde la perspectiva sociológica, antropológica, o histórica, es una *realidad* susceptible de adquirir significados múltiples y devenir, en consecuencia, representante e icono de una cultura determinada, inscrita, por lo demás, en una secuencia temporal de mayor o menor alcance. El abordaje analítico de cualquier espacio socialmente construido exige una aproximación rigurosa que articule capacidad de abstracción, asociación y concreción asociada a la gestión de la transversalidad que le es propia. La complejidad de esta categoría a priori de la sensibilidad, según Kant, es proporcional al grado de singularidad que se aspire a considerar. Un prostíbulo es una nimiedad frente a la inmensidad del cosmos, pero paradójicamente constituye un cosmos en sí mismo, que se expande a través del tiempo. Historia, geografía humana, estética, ética y ciencias sociales pueden aportar perspectivas enriquecedoras cara a la composición multidimensional de cuanto sólo aparenta ser un número limitado de metros cuadrados. Plantearse el “qué”, el “quién”, el “cuándo”, el “cómo”, el “por qué” y el “para qué”, se imbrican necesariamente con el “dónde” a la hora de estudiar procesos sociales. Un “dónde” en el cual normas y valores se materializan y en el que el sujeto, mediante las herramientas de que dispone, ejerce su identidad en interacción. Desde esta óptica, hay numerosos espacios que pueden ser (re)pensados desde las disciplinas señaladas y, habida cuenta su dilatada historia, uno de ellos es el burdel.

No cometeré el error de aspirar a explicar y entender *todo* en relación al objeto de estudio. Algo que aplico a la transversalidad. En consecuencia, opto por circunscribir, o enfatizar si así se prefiere, la dimensión socio-antropológica a la hora de afrontar la realidad (forzadamente singularizada morfológicamente) del burdel –el singular nominal oculta una diversidad rica en matices. Hay una razón consistente para ello. Considero el prostíbulo como espacio, un espacio de interés extremo para las ciencias sociales. En él se manifiestan –y se entrelazan necesariamente– discursos sociales, historia, tabúes, imaginarios, representaciones de género, sexualidad, estructuras de clase, prácticas e interacciones sociales que representan y ejercen relaciones de poder. Un entramado de posibilidades que, por sí mismo, ya excede los márgenes de cualquier artículo. De ahí la necesidad de delimitación. Me interesa constatar el modo en que el prostíbulo, como institución, juega un rol de socialización a través de la sociabilidad; una transacción de significados que perfila y refuerza trazos identitarios en el caso de los varones. De este modo, y disponiendo de un instrumento metodológico flexible, debo posicionarme en términos teóricos para conseguir que el lector paciente que me haya seguido hasta este párrafo comparta o discrepe de mis afinidades teóricas. Partiendo de esta complejidad intrínseca que el burdel como

espacio de sociabilidad encierra, creo que se necesita una herramienta metodológica lo suficientemente flexible para abordar el estudio de este lugar con importantes connotaciones externas. En este sentido, me ha parecido útil recurrir a la *historia de las mentalidades*, a la sociología de la vida cotidiana y, por supuesto, a la sociología del espacio (Massey 1994) como apoyos sobre los que sustentar el andamiaje metodológico y teórico.

ESPACIOS SOBRE PAPEL: SENDAS TEÓRICAS

En primer lugar, la *historia de las mentalidades* me permite poner en relación lo mental y lo social desde una perspectiva que incluye elementos antropológicos que se refieren directamente a la vida cotidiana. En el centro de esta estrategia se halla la importancia del “cómo” enfocar el objeto de estudio. Una estrategia que, acaso afín al estilo cantabrigiano², pone de manifiesto la relevancia de que todo fenómeno humano –desde las prácticas a las ideas– tiene contexto, tanto en su vertiente social como cultural. Los elementos que me van a resultar operativos en el contexto del recurso a la escuela de la *historia de las mentalidades* son los referidos al enfoque del estudio de conductas y actitudes que conjugan a la vez lo individual y lo colectivo, teniendo en cuenta además el valor de lo cotidiano. Aprovecharé también el valor que la tradición tiene en esta escuela, así como la atención al estudio de los lugares –en este caso, el burdel–. La dificultad no exime de la responsabilidad del intento. Entrever la conjunción de lo colectivo e individual coexistentes en el individuo merece el esfuerzo, en especial si éste incluye la elusión, como ya indicase el historiador Jacques Le Goff (1974), de un behaviorismo tendente a minimizar la importancia de estructuras y dinámicas sociales.

En segundo lugar, también juzgo oportuno dar entrada a la sociología de lo cotidiano (Eliás 1978; Wolf 1988). La razón estriba en que a partir de un hecho supuestamente banal, como sería el de acudir o incluso frecuentar un burdel, la dimensión experiencial del individuo alcanza una socialización significativa que se realiza dentro de los parámetros de la vida cotidiana. En ese caso, es preciso abrirse a las coordenadas de espacio-tiempo y atender a los imaginarios subjetivos y transubjetivos, como ya sugirió Gaston Bachelard (1978), en tanto que

² Es de ley distinguir la *historia de las mentalidades* de la *historia de las ideas*, aproximación de matriz oxoniense asociada a la figura referencial de Isaiah Berlin y más centrada en las producciones académicas y los acontecimientos biográficos de los autores estudiados.

condicionantes de cualquier actividad humana. El día a día, lo ordinario –que no grosero–, la historia a pequeña escala, está impregnada de riqueza sociológica y transcurre, mayormente, en interacciones que tienen lugar en espacios.

Como en todo, el estudio de la cotidianidad se ofrece a diversidad de perspectivas. Personalmente soy deudora de los planteamientos de Erving Goffman, el teórico de referencia del estudio de las interacciones sociales desde el discurso; un discurso tanto verbal como performativo, dramático. Según Goffman (1956), el estudio de la vida cotidiana requiere atribuir el valor pertinente a los aspectos más rutinarios de las interacciones presentes en vidas y momentos, en especial porque se desarrollan en contextos, y su articulación ilustra la trama de sentidos, demasiado ignorados a mi entender, que colonizan la acción social. Mauro Wolf, glosando al sociólogo canadiense, añade que “el intento goffmaniano es [por consiste en] describir detalladamente las reglas que, en una cierta época de la sociedad, controlan las interacciones de la vida cotidiana” (Wolf 1988: 21). Es dentro de esta estructura interaccional que se producen “contextos de sentido socialmente compartidos” (Wolf 1988: 22) teniendo en cuenta que las prácticas individuales no pueden ser estudiadas al margen de los significados globales que llevan consigo.

Estas perspectivas invitan a (re)plantearse el concepto de espacio en ciencias sociales, lo que lleva a atender, como premisa básica, la diferencia entre espacio y lugar. Por lo que se refiere al lugar, el antropólogo Marc Augé, referente obligado para el concepto de “no-lugar”, definió el lugar antropológico como aquél que “es, al mismo tiempo, principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa” (Augé 2000: 58). De esta definición retengo la idea de ‘principio de sentido’, es decir, un lugar no es banal, no es irrelevante y lleva implícito un principio de finalidad. El segundo elemento que lo define, y que deriva del primero, el ‘principio de inteligibilidad’, remite a la necesidad social de entendimiento de la función y razón de ser del lugar que – y cómo- se piensa. El geógrafo Yi-Fu Tuan, completa estas consideraciones a partir de la necesaria distinción mencionada entre espacio y lugar (1977). En su opinión, “el espacio se transforma en lugar al adquirir definición y significado” (Tuan 2007: 54), y en la medida en que se requiere un soporte de la experiencia (Aguilar 2012). Por ello se requiere una definición que concrete el burdel como lugar, lo distinga de otros lugares y cuyo significado tenga el grado de inteligibilidad que ya le exigía Marc Augé. En este punto recupero la concepción del lugar como “un territorio de significatividades, donde lógicamente se pueden encontrar diversos tipos de relacionalidad social, prácticas sociales, identidades, memoria y, por lo tanto, intencionalidad” (Kuri 2013: 89). La idea de

‘intencionalidad’ se me antoja crucial, en la medida que dicha palabra refleja que las relaciones sociales construidas en un determinado lugar no son nunca irrelevantes y, si bien su expresión puede responder al azar o a un contexto dinámico puntual, incorpora en su interior la finalidad.

En lo que atañe al espacio en la vida social es preciso recordar que grandes clásicos del pensamiento sociológico han reflejado en sus estudios la importancia de la relación espacio-sociedad: Max Weber ([1922] 1993) –con el análisis de las ciudades en función de su especialización económica³–; Émile Durkheim ([1902] 2012) –con la diferenciación espacial para remitir a las diferentes formas de solidaridad–; Karl Marx y Friedrich Engels ([1846] 2014) –con la importancia de las diferencias campo-ciudad–; Ferdinand Tönnies ([1887] 2016) –con la importancia de compartir territorio, la relación entre espacio físico y espacio social, y de la influencia del espacio en formaciones sociales–; o Georg Simmel ([1924]1986) –quien establece una concepción del espacio íntimamente ligada a la idea de relación entre individuos y grupos–. A título personal, encuentro como aportación clave la del último autor mencionado, en especial en el capítulo “El espacio y la sociedad” de su *Sociología, estudio sobre las formas de socialización* (1924). El pensador alemán parte –al modo kantiano– de la concepción espacio-tiempo como un *a priori*, es decir, como una noción independiente de la experiencia pero que contribuye a organizarla. Para Simmel, “el espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno” (Simmel 1986: 644). Por ello, deja la puerta abierta a la capacidad humana de llenar de significado la vivencia personal del espacio. La idea de ‘relación’, al igual que para Marc Augé, es central en la idea espacial del sociólogo germánico. Para Simmel el espacio sociológico no existe si no es construido por aquellos grupos o individuos que lo habitan y experimentan, ya que “la acción recíproca convierte al espacio, antes vacío, en algo” (1986: 646). Mediante “intuiciones unitarias”, el hombre tiene la capacidad de asignar unos determinados significados a diversos *entes* espaciales.

Establecido esto, conviene delimitar qué entiendo por espacio social y desde qué perspectiva lo voy a enfocar en este artículo. Así, adopto la definición de espacio

³ Incluido en el apartado de la *sociología de la dominación* de su obra *Economía y Sociedad* (1922), en su capítulo sobre *‘La dominación no legítima’*, es donde Weber introduce un exhaustivo análisis de las tipologías de las ciudades bajo el apéndice de *‘Concepto y categorías de las ciudades’*. En este capítulo, empieza con un intento de definir ‘ciudad’ reflexionando sobre la simplificación de definirla en términos cuantitativos. Weber no incluyó sólo la variable económica para pensar el espacio. Sus estudios sobre religión, por ejemplo, también revisten la inclusión de las diferencias entre ciudades occidentales y orientales.

social para aquellos espacios que resultan de procesos sociales de producción, reproducción, transformación, apropiación, uso y gestión del espacio físico (Martínez 2005: 128). Aquellos, por tanto, que son resultado o producto de acciones humanas. En términos generales, pueden identificarse cuatro grandes teorías desde las que aproximarse al estudio de la sociología del espacio: la ecología humana-urbana, la relativa al establecimiento de políticas urbanas, la destinada al consumo urbano y la última, aquella en la que se realiza la cultura urbana (Martínez 2005: 130). Sin extenderme en las tres primeras, mi enfoque partiría aquí de los marcos de análisis de la “cultura urbana”. Dentro de esta tradición, la “cultura urbana” deriva de una concepción sociológica del espacio básicamente interaccionista y discursiva, en la que la experiencia, la percepción, la representación y la identificación grupal son ejes centrales. Estos ejes, en tanto que unidades de análisis, dan lugar a grupos, asociaciones y, en última instancia, al sistema cultural. Se trata, en suma, de atender a los procesos de apropiación y uso de determinados espacios implicando las reglas culturales de interacción social.

Habría que precisar que, terminológicamente, no es lo mismo una sociología del espacio que una sociología de los atributos espaciales o que una sociología urbana. La sociología del espacio es la subdisciplina que se ocupa del espacio en tanto que ente social en sentido amplio. Por el contrario, la sociología de los atributos espaciales “expresaría la forma como se representan espacialmente las acciones sociales” (Maldonado 1997: 22), es decir, unas determinadas acciones sociales (jugar al tenis, al bingo, al bridge...) que requieren un espacio construido con unos determinados parámetros. A estos determinados parámetros se les van a asignar unos determinados atributos. Así, por ejemplo, un club de tenis se asocia primordialmente a una clase alta o acomodada y por ello se ubica en zonas urbanas privilegiadas. Por su parte, la sociología urbana tiende a conceder un mayor peso a la relación entre estructura y agencia, a la configuración del urbanismo como vector de cambio social y reproducción de desigualdades, y a las tensiones entre actores colectivos con diferente grado de institucionalización a la hora de gestionar procesos de control y transformación social (Castells 1984). No obstante, cabe reconocer que las fronteras inter y subdisciplinarias son porosas y permeables. Al respecto, la figura de M. Delgado es ilustrativa, transitando etiquetas en aras de una aproximación lo más completa y coherente posible del fenómeno que estudia: *lo urbano*. Así, del énfasis en las actuaciones sociales donde prima el análisis de interacciones efímeras y anónimas que construyen y posibilitan, al tiempo que son posibles por, el espacio público (1999), a la feroz autopsia diacrónica de la conjunción de estructuras, actores, contextos y discursos

de un proyecto de ciudad en busca de una identidad que solape sus contradicciones y tensiones internas (Delgado 2007).

Entiendo que las herramientas teórico-metodológicas escogidas aquí convienen al enfoque de los planteamientos de este artículo, ya que unen a una guía teórica una flexibilidad operativa. Además, atienden al concepto de lo urbano y a las actuaciones sociales dentro del marco del espacio social. Es llegada la hora, pues, de abrir la puerta y adentrarse en el universo socio-simbólico del burdel y las interacciones que acoge.

EL BURDEL COMO ESPACIO... ACCESIBLE SOCIOLÓGICAMENTE

El burdel constituye un objeto de estudio legítimo para las ciencias sociales no tan sólo por constituir una institución sino por cumplir, incluso, con las tres categorías operativas que Goffman propone para analizar los episodios de la vida diaria: *situación social* (cualquier ambiente determinado por la posibilidad de un control recíproco que pueda prolongarse, en el que dos sujetos se encuentran en presencia física y que se extiende a todo el espacio); *ocasión social* (acontecimiento que se contempla antes y después como una unidad, un evento que sucede en tiempo y espacio) y *encuentro social* (ocasión de interacción cara a cara que comienza cuando los sujetos se dan cuenta de que han entrado en la presencia inmediata de otros y acaba cuando captan que han salido)⁴. El burdel cumple estas tres condiciones ya que existe un imaginario social que guía el comportamiento tanto del varón como de la mujer y que se transmite al espacio que reifica dicho imaginario. En ese marco espacial tiene lugar una interacción social y una participación recíproca que empieza y finaliza en el marco de un margen temporal determinado (el de entrada y el de salida del burdel, por lo demás flexible en función de pretensiones y tarifas).

Al burdel no lo define sólo su función o utilidad⁵. Es un catalizador de imaginarios sociales. En mi caso me interesa centrarme en el estudio del espacio en el que se realiza o se aspira a establecer la interacción sexual hombre-mujer en el contexto de una relación comercial con la finalidad de observar procesos de construcción de masculinidades. Se trata de un objetivo hasta cierto punto novedoso. Una revisión bibliográfica mínimamente rigurosa pone de relieve el

⁴ Goffman (1982: 167, 144, 99).

⁵ Molina (1998-2000) ofrece una visión históricamente contextualizadora del desarrollo funcional de los prostíbulos, su abordaje político y sus implicaciones sociosimbólicas en la actualidad murciana.

alto grado de carencia de literatura propiamente sociológica sobre la representación de la masculinidad en el burdel actual o precedente. Sin embargo Jean-Louis Guereña (2003) realiza un notable estudio histórico sobre el espacio prostitucional en la España de los siglos XIX y XX en el que da entrada, con referencias fehacientes, a la existencia del burdel como espacio de sociabilidad masculina. A partir del análisis de archivos históricos y revisión bibliográfica, incluye acciones devenidas rituales tales como el “ir de putas”. Guereña se ocupa específicamente del burdel como lugar de sociabilidad atendiendo a los ‘ritos de visita colectiva’ y a los espacios de contacto directo como los salones. Define el salón y la sala de espera como elementos que tenían “un papel esencial desde el punto de vista de la sociabilidad masculina, pues se trataba aún de un espacio público en cierto modo abierto a todos los hombres” (2003: 562). El salón es siempre, por antonomasia, un espacio de sociabilidad aún sin necesidad de comunicarse verbalmente.

En contraste, este espacio ha sido ya abordado desde otros enfoques, como es el caso de su evolución a través de la historia. Más allá del descomunal ejercicio de Dufour (1861), pueden mencionarse contribuciones relevantes como la *Historia de los grandes burdeles del mundo* (Murphy 1989); *Pompeian brothels and social history* (McGinn 2002); *La historia de los burdeles en España: de lupanares, puteríos y otras mancebías* (Bruquetas 2006); *Sexo de mujer: Historia de los burdeles, prostitutas, madames y alcahuetas* (Mirashi 2007); o *Historia de los burdeles*, (García 2009). El desarrollo temporal de ese espacio institucional deja su huella en las bellas artes y en la literatura. La historia de los burdeles se encuentra referenciada en la pintura (Toulouse Lautrec, *Fleur Blanche*; William Hogarth, *Mall King's* o Edgar Degas, *La Maison Tellier* por ejemplo) y por relevantes fotógrafos que le han prestado su atención, tales como el famoso Ernest J. Bellocq, fotógrafo de burdeles de Nueva Orleans, Brassai o Cartier-Bresson entre otros. Este último realizó en 1933 un viaje a España pasando por Barcelona y realizó algunas fotografías del ‘barrio chino’ documentando el comercio sexual en la calle. Deseo citar aquí, aunque no como fotografía específica del burdel, las excelentes fotografías de la vida de calle del Barrio Chino de Barcelona de Juan Colom que acompañan el texto del clásico de Cela (1964) *Izas, rabizas y colipoterras*.

La literatura ha prestado también atención al burdel como espacio sugeridor y evocador de imaginarios eróticos tales como “The altar of Venus” (1934) de Anonymous, o Karl von Vereiter [pseudónimo de Enrique Sánchez Pascual] (1976), “Salón Kitty. Burdel SS”. El género libertino produjo en Inglaterra una primera obra representativa, *Memoirs of a Woman of Pleasure* (1748), conocida

como *Fanny Hill*, de John Cleland, obra que sufrió la censura y persecución propias de la época. La novela transcurre en el espacio burdel hasta el enriquecimiento y triunfo social de Fanny Hill. La novela naturalista francesa en el siglo XIX (Zola, Maupassant, entre otros) hizo de la prostituta y del ambiente prostibulario uno de los puntos centrales de su temática. Así, por ejemplo, *La maison Tellier* (1881) de Guy de Maupassant, una “nouvelle” o relato, en la que el burdel se sitúa en una pequeña ciudad de Normandía. La novela sudamericana, en el siglo XX, recuperó este espacio de la mano de dos notables escritores: Mario Vargas Llosa con *La casa verde* (1965) y José Donoso con *El lugar sin límites* (1966) por poner dos ejemplos relevantes.

Es bien sabido que a unos determinados tipos de relación sexual comercial le vienen asignados unos espacios específicos. Así, en función de si se lleva la pareja sexual o se busca una prostituta en el mismo establecimiento, se distingue el *meublé* o *love hotel* en su forma moderna, del burdel o prostíbulo. El término burdel, derivado del galicismo *bordel*, está documentado ya en Francia desde el siglo XII para indicar casa de prostitución (Littré 1987). Las variadas denominaciones que ha incorporado procedentes de distintos registros lingüísticos o literarios (lupanar, casa de tolerancia, de alcahuetes, de mala fama, de mala nota, de lenocinio, de citas, de mancebía, llana, de trato, de camas, de recibo, de persianas cerradas, de farol rojo...) o actualmente, los pisos relax, los puticlubs, pisos de masajes, o el simple vulgarismo ‘casa de putas’, reflejan los malabarismos del lenguaje para designar, o quizás estigmatizar mediante elusiones esquivas, una realidad incómoda. La variedad terminológica aducida es un claro ejemplo de (re)producción de ideologías encubiertas en las que se evita o se cuida nombrar ciertos lugares con connotaciones simbólicas y representaciones de género asociadas.

Sexualidad (que no práctica de sexo) es parte esencial de la vida cotidiana. La sexualidad genera interrelaciones y, a su vez, las interrelaciones entre individuos o grupos (re)generan ideologías. Ahora bien, ¿cómo evitar que el concepto ideología no incorpore en su contenido las elusiones terminológicas que identifican un burdel? Hay que tener en cuenta que de ella hay tantas definiciones como autores optan por pronunciarse; y quienes no se pronuncian discurren en la esfera del *taken for granted*, una suposición tan osada como igualar la terminología académica con el uso derivado del conocimiento ordinario. Van Dijk (1998), en sus reflexiones sobre las ideologías desde una perspectiva crítica, plantea un “nuevo concepto de ideología” que intenta recoger, y modernizar, las perspectivas marxistas y de otros sociólogos clásicos. Su propuesta aspira a servir de interfase entre la estructura social y la cognición

social. En este marco, las ideologías se pueden definir como la base de las representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo. Esto significa que las ideologías permiten a las personas, en tanto que miembros de un grupo, “organizar la multitud de creencias sociales acerca de lo que sucede, bueno o malo, correcto o incorrecto, según ellos, y actuar en consecuencia” (Van Dijk 1998: 21)⁶. Este autor apunta también a la asociación entre ideología y algo ‘malo’ o algo políticamente usado para la dominación social. Es ahí en dónde podemos remitir al imaginario del burdel y su relación con el mundo de las relaciones sexuales comerciales ya sea desde la perspectiva de l@s abolicionistas, de ciertos feminismos que la consideran casi como una forma de violación, o desde aquell@s que la piensan como una relación comercial legítima sin necesidad de criminalización ni hacia cliente/a ni hacia vendedor/a.

En el espacio del burdel, la ideología imperante, aunque no siempre explícita, presupone una relación comercial que sustenta una relación de jerarquía de poder más allá de lo meramente simbólico. Esta relación estructural se materializa en la posición de poder del hombre sobre la mujer como agente dominador en las relaciones sexuales en un doble sentido: como varón y como cliente. En ambos casos se visibiliza una relación de desigualdad. Así se establece un extremo de dominación del “Otro” en el que el imaginario de las masculinidades funciona a la perfección y genera unas actitudes que dimanen de unos presupuestos sobre cómo deben comportarse los varones y, en consecuencia, las mujeres⁷.

Las referencias a desigualdad e imposición constituyen un campo de obligada referencia en filosofía moral por cuanto atañe a la existencia de una atribución de bondad o maldad de acciones y comportamientos en el seno de este mismo espacio y de las actividades relacionadas⁸. En el espacio del burdel, la ideología

⁶ Definición que, a mi modesto entender, no difiere significativamente de las que propone Moscovici (1986) y sus seguidores en relación al concepto de *representación social*.

⁷ A fin de cuentas, hay un soporte tradicional (por bíblico) que predispone a considerar a la mujer como un subproducto *costillar* del varón, pese a que, desde un punto de vista biológico, el hombre no deja de ser una *mujer mutante* fruto del grado de secreción de testosterona por parte de la madre durante las primeras seis semanas de gestación.

⁸ Desde la filosofía moral, aunque formado en la antropología social, se puede citar a Ruwen Ogien quien, en su obra *Pensar la pornografía* (2005) hace un recorrido por la historia de las definiciones y atribuciones del concepto, sus relaciones con erotismo u obscenidad, y se pregunta acerca del por qué resulta difícil definirla, si atenta contra

imperante, aunque no explícita, presupone una relación comercial que sustenta una relación de jerarquía de poder más allá de lo meramente simbólico. Esta relación de jerarquía se materializa en la posición de poder del hombre sobre la mujer como ente dominador en las relaciones sexuales en un doble sentido: como varón y como cliente. En ambos casos se visibiliza una relación de desigualdad. Así se establece un extremo de dominación del “Otro” en el que el imaginario de las masculinidades funciona a la perfección y genera unas actitudes que dimanar de unos presupuestos sobre cómo deben comportarse los varones y, en consecuencia las mujeres, en sociedades denominadas patriarcales.

Los constructos espaciales se originan a partir de un imaginario que configura la relación del hombre con el espacio. Como bien intuyó Bachelard en su *Poética del espacio* ([1957] 2000), las referencias objetivas de éste resultan insuficientes para originar valores simbólicos y por ello se hace necesario recurrir a imágenes para crear un imaginario del espacio, o dicho de otro modo, una ‘poética’ creativa del espacio. El término *poética* no debe velar la naturaleza epistemológica materialista y racionalista del filósofo francés, para quien la imagen es a la vez subjetiva y transubjetiva, de lo que se deriva su dificultad analítica: “Sólo la fenomenología —es decir la consideración del surgir de la imagen en una conciencia individual— puede ayudarnos a restituir la subjetividad de las imágenes y a medir la amplitud, la fuerza, el sentido de la transubjetividad de la imagen” (Bachelard 2000: 9).

Este mismo autor desarrolla una distinción que considero fundamental para este trabajo: diferencia espacios ‘hostiles’ opuestos a otros dotados de significado positivo (‘espacios felices’). Se trata de un contraste fruto del papel de la imaginación, concebida como “la facultad de formar imágenes que sobrepasan la realidad” (Bachelard 1978: 31). Este planteamiento permite entender que, en la concepción antropológico-simbólica de Bachelard, la casa se convierte en el espacio acogedor por excelencia: “la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz” (Bachelard 1978: 36). La imaginación, así pues, socializa el espacio y lo convierte en susceptible de análisis socio-cultural. El burdel, como la casa, es también susceptible de adquirir un imaginario simbólico sin dejar de ser un espacio social. El imaginario de la transgresión, del sexo, de la aventura, de la infidelidad, de la iniciación, conforma

la dignidad humana o, principalmente, sobre la gran cuestión de qué es lo que incomoda de la pornografía. No se debe entender este ensayo como una defensa de la pornografía en sí misma, sino como una reflexión crítica de los argumentos morales que se arguyen en su contra.

un 'imaginario espacial' en el que tendrá lugar un abanico (im)previsible de relaciones sociales.

EL BURDEL COMO ESPACIO... MASCULINO

Se atribuye a espacios y lugares una perspectiva de género a partir de un proceso de asignación de determinados roles consignados normativa, consensuada, impuesta y/o arbitrariamente como masculinos o femeninos. Es un proceder que deriva de un conjunto de supuestos significativos que se asocian a manifestaciones o actividades atribuidas a un género particular, actividades que se tiende a vincular con un ámbito espacial delimitado. Históricamente, la mujer se ha asociado al espacio privado mientras que el varón al público. Al estudiar el espacio desde la perspectiva del género, no puede faltar la referencia a la figura de Doreen Massey, quien articula un pensamiento crítico y politizado a través de estas coordenadas. En *Space, Place and Gender*, sostiene que "espacio y lugar son importantes en la construcción de las relaciones de género y en la lucha para su cambio" (Massey 1994: 179). Su observación aporta originalidad a las reflexiones de la lucha por la igualdad de género en la medida en que concibe el espacio como un ente de construcción identitaria que dispone, a su vez, de potencial para deconstruir estereotipos de género. Es el caso de los apartamentos que responden al modelo *loft* y cuya configuración diluye la tradicional distribución de roles en el hogar: salón-comedor (atribuido al varón) y cocina (atribuido a la mujer) mediante un único espacio de participación social.

El planteamiento de Massey señala la existencia de lógicas sociales; lógicas asociadas a intereses, estereotipos, tradiciones, y posibles conflictos al afirmar que los espacios son susceptibles de recibir atribuciones de género, sean estas fundamentadas (inmanentemente) o no. Por ello, es atribuible al burdel la calificación de espacio masculino y, en consecuencia, de espacio privilegiado para proceder al estudio de masculinidades. Me permito introducir esta afirmación dado que "*masculine spaces are places where traditionally men have congregated more commonly than women and where males are at a distinct advantage regarding the deployment of power*" (Gottdiener y Budd, 2005: 81). Este poder no se ejerce sólo desde la óptica de la práctica física, sino también desde la óptica comercial explícita de compra de servicios que permiten al varón devenir 'propietario'.

Las referencias teórico-reflexivas a la hora de abordar la construcción de masculinidades en un burdel presentan las limitaciones de un abordaje empírico. Un primer paso consiste en el reconocimiento de la diversidad de clientela y

procesos de interacción cristalizados en el marco de un clásico patrón de ordenación de información. Aunque toda clasificación tiene su punto de arbitrariedad, “lo cierto es que las tipologías en forma de *tipos ideales* permiten circular por la realidad investigada” (Guasch y Caïs 2015: 14). De este aspecto se ha ocupado Teela Sanders (2008) en su libro “Paying for Pleasure. Men Who Buy Sex”, en el cual define tipos de clientes en función de dos criterios: según las trayectorias vitales del cliente y su implicación en el mercado del sexo, y según las motivaciones que expresan los *usuarios* a los que ha tenido acceso. Lo relevante de sus planteamientos es la idea de cómo estos hombres gestionan y asumen la idea de atribución de un ‘comportamiento sexual desviado’ en su vida diaria con el referente de la masculinidad. La inclusión de las emociones de los clientes es tenida en cuenta desde un plano tanto sociológico como psicológico. Por su parte, Gómez et al. (2015), centrados en la figura de *El putero español: quiénes son y qué buscan los clientes de prostitución*, también realizan una tipología de usuarios para ejemplificar marcos de ciertas tipologías de masculinidades a partir de entrevistas semiestructuradas. El resultado de su estudio apunta a dos grandes grupos con subgrupos definatorios: “Aquellos que buscan en la prostitución la satisfacción de necesidades fuera del ámbito sexual, como dominar, experimentar riesgos o buscar compañía” (2015: 103) que correspondería, según Gómez, a una masculinidad construida a partir de la necesidad de dominación y un segundo gran grupo que incorporaría a cuantos demandan el consumo de sexo de pago como parte de su ocio y que estaría relacionado con la sociabilidad como recurso de afirmación identitaria de género. A partir de aquí, en el primer grupo encontraríamos un ‘cliente misógino’ y un ‘cliente amigo’ y, en el segundo grupo, el ‘joven con lógica consumista’ y el ‘cliente crítico’. Gómez analiza esta tipología según la premisa que “la compra de sexo de pago no se produce por la búsqueda de sexo de calidad, por diversión, ni por sexo hedonista, sino que es una estrategia de reforzamiento de una masculinidad conformada por una identidad que gira entorno a la exhibición frente al grupo de pares, del ‘uso del falo’ y de la práctica sexual frecuente con mujeres” (Gómez 2015: 104). La autora incide en la idea que las necesidades biológicas primarias no son determinantes para la compra de sexo, ya que en el burdel se producen unos rituales de exhibición de la masculinidad adquiridos en el proceso de socialización.

El espacio, en su dimensión socio-geográfica, brinda perspectivas diferentes, al posibilitar la relación entre diferentes tipos de clientes y diferentes modalidades de concebir y ejercer la masculinidad en diversas comunidades del territorio

español⁹. En mi opinión, la aportación más sugerente de estos estudios reside en valorar la diversidad cultural como factor esencial para la comprensión del fenómeno estudiado a nivel intraestatal. Enfoques que deben, en mayor o menor medida, al adentramiento inicial de David Gilmore (1990) en Andalucía, para quien la masculinidad(es) consiste en “the approved way of being an adult men in any given society”, abriendo así la puerta al peso de las variantes geográficas con particularidades socioculturales específicas.

CONCLUSIONES

Después de todo lo expuesto, una vía posible de reflexión conclusiva pertinente a la hora de perfilar el concepto actual de burdel residiría en atender a su posicionamiento en la distinción establecida entre espacio y lugar. Si entendemos que el lugar, opuesto al concepto de espacio, está vinculado a experiencias concretas, y ha sido asimilado a un ‘allí’ donde se materializa un conjunto de significados y valores, nos encontramos que el burdel es un “lugar” por excelencia. Implícitamente, es un ente socializador de prácticas sexuales individuales, prácticas que se socializan en el marco de la gestión identitaria de género. Las prácticas sexuales en el lupanar están sometidas a unos tópicos referenciales que se imponen como normas esperadas de conducta o, dicho de otro modo, como unas expectativas de comportamiento sexual que van más allá de la posición de poder que otorga el rol de cliente meramente económico. Estos tópicos también pueden verse reflejados en la diversidad de nomenclaturas que ha sufrido a lo largo de la historia.

La sexualidad se establece sobre cuerpo sexuado e identidad. La ‘imagería del deseo’, entendida como aquello de lo que no se disfruta realmente o de lo que el individuo cree que debe disfrutar en función de su rol de género, está presente en el ‘yo cotidiano’ y, de forma relevante, en la gestión de las expectativas de acción y de comportamiento tanto individuales como grupales. Estas expectativas se traducen, cada vez más, en una guía de comportamiento y de acción que se va alejando del carácter homogéneo de las masculinidades tradicionales. Las imagerías del deseo se plasman en muchos ámbitos de la vida cotidiana y, por consiguiente, también en la ocasional (o no) asistencia a la ‘casa del placer’ en la que los hombres expresan su sexualidad en un marco de desarrollo identitario (in)conscientemente representado y condicionante.

⁹ Es el caso de Askabide (2010) para el País Vasco, Barahona y García para Madrid (2003), o de Gómez y colaboradores en Galicia (2015).

Se puede aducir que el burdel se configura como un lugar en el que la masculinidad tradicional se referencia en dos sentidos. Por un lado conserva los atributos y las especificidades de un espacio en el cual la masculinidad hegemónica se realiza en interacción con aquellos pares que guiarán un comportamiento normativo pero, al mismo tiempo, el contrato comercial que preside la relación (el ‘acontecimiento’ del que hablaba Goffman) puede generar al varón la sensación de eximirle de la responsabilidad de una respuesta sexual acorde con las expectativas de ‘lo que debe ser’. Cabe, pues, plantearse si la relación de clientela que se ejerce en el burdel libera de “responsabilidad masculina” el acto sexual del varón en tanto que cliente o dueño de un servicio.

Al ser el burdel un catalizador de imaginarios sociales, remite a crear y desarrollar comportamientos que no son exclusivamente eróticos o sexuales y de ahí su interés para la sociología y la antropología histórica. No es arriesgado predecir que el burdel se confirma como un lugar privilegiado para el estudio de las masculinidades en la actualidad ya que permite prestar atención a los cambios sociales y a los procesos de gestión identitaria. Los cambios históricos acaecidos en la configuración del lugar (tanto a nivel de nomenclaturas como de organización espacial y decorativa) permiten un nuevo análisis socio-histórico. De la misma manera que el *loft* ha actuado como reflejo de una nueva organización de la familia, el burdel parece haberse desprendido de sus tradicionales oropeles para adaptarse a un nuevo imaginario del sistema sexo-género.

El burdel es una institución de largo recorrido histórico. Alcanza la actualidad, y por eso mismo es menester considerar el papel que juegan en su gestión, accesibilidad y actuación los procesos de transformación tecnológica. Aunque el ‘sexo virtual’ y los foros de Internet valorativos que ofrecen las mismas casas han revolucionado el mercado del sexo, en todo caso, la relación entre ‘burdel’ y ‘fantasía’ se mantiene, e incluso se potencia, con la explosión del ‘erotismo en red’. Internet ha producido un cambio cualitativo significativo en la forma de responder al mercado del sexo pero lo relevante es que ello a su vez tiene implicaciones en las formas de pensar las relaciones de género (Garlick, 2010), su representación en el mercado sexual y, por extensión, en el espacio físico en que se desarrollan y producen. Los burdeles disponen de páginas web a disposición de los clientes potenciales, que disponen de información y reclamo orientados a satisfacer y seleccionar sus preferencias. En buena lógica, también son accesibles los foros de hombres que comparten sus opiniones acerca de los méritos y deméritos de los servicios que se ofrecen en tales cobijos de deseos y placer. Se trata de una línea en que ya se ha empezado a trabajar en el marco del GRISA de

la Universitat de Barcelona. Guasch y Caïs (2016) se adentran en el ciberespacio para analizar el uso de las tecnologías de información y comunicación para analizar el intercambio sexual entre varones en el período 2000-2015 en el contexto español, en tanto que Folguera y Formoso (2015) lo usan como herramienta para analizar, desde la perspectiva de las masculinidades, el imaginario erótico –explicitación de deseos- generado en un grupo virtual de *watsapp* de padres casados de mediana edad. Las nuevas tecnologías permiten la expresión de una nueva manera de ‘decir’ el sexo en la que el ‘anonimato’ facilita una expresión desinhibida y en que el discurso generado, vehiculado a través de un medio digital, es una fuente de estudio relevante para el estudio de las identidades de varones hetero y/o bisexuales¹⁰.

Como reflexión final, me permito señalar que comprometerse en una posición de género –atendiendo a diversidades contextuales- implica atender a las prácticas normativizadas y a los efectos de éstas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la reproducción y transformación cultural. Ser varón implica ejercer roles ante mujeres y ante otros varones, y, entre ellos, atender a las exigencias de éstos para acabar de reafirmar la propia identidad. El cumplimiento o incumplimiento de las expectativas asociadas a los roles de género dirige hacia la consideración de los valores sociales establecidos. El hacer y pensar en términos de masculinidad(es) es una estrategia clave, cara a identificar su vigencia y mutación.

¹⁰ Puede verse, entre otros, en ‘sexo mercado Barcelona’ (<http://www.sexomercadobcn.com/>) un ejemplo de un comentario de un cliente sobre la mujer visitada en el que realiza la ‘descripción física’ de ésta como ‘Un ángel que se cayó del cielo’, ejemplo de descripción que, englobada en un contexto, podría permitir un análisis de discurso (<http://www.sexomercadobcn.com/633907651/sheilayemmei-espanola-masajes-yemmei-sabadell-633907651-a-t68665.html>) donde la espiritualidad y el goce corporal configuran un sistema de valores expresado en términos poéticos.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAM, P. ([1885] 2014): *Chair Molle*, París, FB.
- ANONYMOUS [ADLER, B.] ([1934] 1983): *The altar of Venus*, Nueva York, Carroll & Graff.
- ASOCIACIÓN ASKABIDE (2010): *Perfil de clientes de prostitución en Bizkaia*, Bilbao, Mensajero.
- AUGÉ, M. (2000): *Los no lugares. Espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa.
- BACHELARD, G. ([1957] 2000): *Poética del espacio*, México, Fondo de Cultra Económica.
- BACHELARD, G. (1978): *El agua y los sueños: ensayos sobre la imaginación y la materia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BARAHONA, M. J. y L. M. GARCÍA (2003): *Una aproximación al perfil del cliente de prostitución femenina en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Dirección General de la Mujer.
- BATAILLE, G. ([1956] 1981): *Madame Edwarda, seguido de El muerto*, Barcelona, Tusquets.
- BORGES, J. L. ([1970] 1989): *La intrusa y otros cuentos*, París, LFG.
- BRUQUETAS DE CASTRO, F. (2006): *La historia de los burdeles en España: de lupanares, puteríos y otras mancebías*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- BURT, E. C. (2010): *Dictionary of erotic artists. Painters, sculptors, printmakers, graphic designers and illustrators*, Jefferson (NC), McFarland.
- CASTELLS, M. (1984): *Problemas de investigação em sociologia urbana*, Vila da Feira, Presença.
- CELA, C. J. (1964): *Izas, Rabizas y Colipoterras*, Barcelona, Lumen.
- CLELAND, J. ([1748] 2007): *Fanny Hill. Memorias de una mujer de placer*, Madrid, Alianza.
- DELGADO, M. (1999): *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Barcelona, Anagrama.
- DELGADO, M. (2007): *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del "modelo Barcelona"*, Madrid, Catarata.
- DONOSO, J. ([1966] 2011): *El lugar sin límites*, Madrid, Alfaguara.

- DUFOUR, P. (1851): *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde depuis l'antiquité la plus reculée jusqu'à nous jours*, Bruxelles, Librairie Encyclopédique de Perichon.
- DURKHEIM, E. ([1893] 2012): *La división social del trabajo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- ELIAS, N. (1978): "Zum Begriff del Alltags" (1995) "Sur le concept de vie quotidienne", *Cahiers Internationaus de Sociologie*, 9, pp. 237-246.
- FOLGUERA, L. y C. FORMOSO (2015): "Sexo y risas: visibilidad de la erotización masculina hetero en un contexto virtual", *Revista de estudios de antropología sexual*, 1(6), pp. 136-147.
- GARCÍA, M. (2009): *Historia de los burdeles*, Barcelona, Océano.
- GARLICK, S. (2010): "Taking control of sex? Hegemonic masculinity, technology and pornography", *Men and Masculinities*, 12(5), pp. 597-614.
- GOFFMAN, E. (1956): *The presentation of self in everyday life*, Edinburg, Social Sciences Research Center.
- GOFFMAN, E. ([1967] 1982): *Interaction Ritual. Essays in Face to Face Behavior*, Nueva York, Anchor Books.
- GÓMEZ, A; PÉREZ, S. y VERDUGO R. M. (2015): *El putero español: quienes son y qué buscan los clientes de prostitución*, Madrid, Catarata.
- GOTTDIENER, M. y BUDD, L. (2005): *Key Concepts in Urban Studies*, Londres, Sage.
- GUASCH, O. y J. CAÏS (2016): "Masculinidades y trabajo sexual entre varones en España," en *Masculinidades disidentes*, Mérida-Jiménez, R. (ed.) Barcelona, Icaria Editorial, pp. 11-34.
- GUEREÑA, J. (2003): "El burdel como espacio de sociabilidad", *Hispania*, 214, pp. 551-570.
- KURI, E. E. (2013): "Representaciones y significados en la relación espacio-sociedad: una reflexión teórica", *Sociológica*, 78, pp. 69-98.
- LE GOFF, J. (1974): "*Las mentalidades. Una historia ambigua*", en *Hacer la historia*, Nora, P. y J. Le Goff (comp.), Barcelona, LAIA, pp. 82-98.
- LITTRÉ, P. E. ([1839-1961] 1987): *Dictionnaire de la langue française*, vol.1, Chicago, Encyclopaedia Britannica.
- MASSEY, D. (1994): *Space, Place and Gender*, Cambridge, Polity Press.

- MALDONADO, J. (1977): "Sociología del espacio: el orden de las relaciones sociales", *Política y Sociedad*, 25, pp. 21-36.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, M. (2005): "Sociologías del espacio: legado teórico y productividad empírica", *REIS*, 111(1), pp. 127-154.
- MARX, K. y F. ENGELS ([1846] 2014): *La ideología alemana*, Madrid, Akal.
- MAUPASSANT, G. de ([1881] 2005): *La casa Tellier y otros cuentos eróticos*, Madrid, Alianza.
- McGINN, T.A.J. (2002): "Pompeian brothels and social history", *Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series* 47, pp. 7-46.
- MIRASHI, A. (2007): *Sexo de mujer: Historia de los burdeles, prostitutas, madames y alcahuetas*, Barcelona, Cahoba.
- MOSCOVICI, S. (ED.) (1986): *Psicología social*, 2 vols., Barcelona, Paidós
- MOLINA, A.L. (1998-2000): "Del mal necesario a la prohibición del burdel. La prostitución en Murcia (siglos XV-XVII)", *Contrastes. Revista de Historia*, 11, pp. 111-125.
- MURPHY, E. (1989): *Historia de los grandes burdeles del mundo*, Madrid, Temas de Hoy.
- OGIEN, R. (2005): *Pensar la pornografía*, Barcelona, Paidós.
- SERUGHETTI, G. (2012): "Prostitution and Clients' Responsibility", *Men and Masculinities*, 16(1), pp. 35-48.
- SANDERS, T. L. M. (2008): *Paying for Pleasure. Men Who Buy Sex*, Devon, Willan.
- SIMMEL, G. ([1924] 1986): "El espacio y la sociedad", en *Sociología 2: Estudio de las formas de socialización*, Madrid, Alianza, pp. 643-740.
- TÖNNIES, F. ([1887] 2016): *Comunidad y Sociedad*, Granada, Comares.
- TUAN, Y. (1977): *Space and Place: the perspective of experience*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- TUAN, Y. (2007): *Topofilia*, Barcelona, Melusina.
- VAN DIJK, T. (1998): *Ideología: Una aproximación multidisciplinar*, Barcelona, Gedisa.
- VARGAS LLOSA, M. ([1965] 2015) *La casa verde*, Madrid, Punto de Lectura.
- VEREITER, K. von (1976): *Salón Kitty. Burdel SS*, Barcelona, Producciones Editoriales.

WEBER, M. ([1922] 1993): *Economía y sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

WOLF, M. (1988): *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.

Recibido: 1 de agosto de 2016

Aceptado: 20 de septiembre de 2016

Laia Folguera es doctora en Sociología por la Universidad de Barcelona en donde imparte docencia sobre técnicas de investigación social y sociología de la sexualidad. Es Coordinadora de los Grupos de Trabajo de Sociología de la Sexualidad de la Federación Española de Sociología así como Presidenta del Comité de Investigación de la misma. Miembro del Grupo de Investigación Social Aplicada (GRISA), sus líneas de interés son masculinidades, sexualidades, técnicas de investigación cualitativas, y estado de bienestar. Actualmente participa en un proyecto I + D sobre parejas mixtas transnacionales con el Departamento de Antropología de la Universidad Rovira i Virgili. Su último libro es *Hombres maltratados. Masculinidad y control social* (Barcelona, Edicions Bellaterra, 2014). laiafolguera@ub.edu